

Carlos García Gual
La muerte de los héroes

Turner Publicaciones
Madrid, España, 2016, 162 pp.

En la mitología griega, la vida de los héroes, es casi siempre un ejemplo de heroísmo, valor, probidad e ingenio, pero, lo que resulta interesante en la vida de estos héroes, es advertir cuántas variaciones hallamos en las escenas de *su muerte heroica*, pues, por mucho que triunfaran en las más prodigiosas hazañas, no pudieron zafarse de la muerte y muchas de ellas son muy singulares, azarosas y sorprendentes, otras muy dramáticas, y otras no carentes de una extraña ironía trágica en muchos casos, lo que destaca la fragilidad de la condición humana y heroica. Pocos llegan a ser viejos, y a menudo encuentran la muerte en alguna emboscada, seducidos por perversas amantes o cruelmente heridos por el odio y la traición. Sin embargo, la gloria de sus hazañas, tras su muerte, los revive en el imaginario popular; su fama es, en definitiva, lo que afirma la condición heroica como una victoria sobre su condición mortal.

Es así que, contra el olvido, los nombres de los héroes perduran en la red imaginaria de la mitología, y la literatura se alimenta de sus historias y recuenta sus hazañas siempre con nuevos acentos. Esta es la finalidad que el vasto escritor, crítico, traductor y catedrático, Dr. Carlos García Gual (Madrid, 1943) en este texto intenta recordar, comentar y comparar con referencias puntuales a textos antiguos, sin numerosas notas ni disquisiciones filosóficas y filológicas, veinticinco escenas míticas en torno al tema de los héroes griegos

y su encuentro con la muerte, lo que podría considerarse dentro de la vida de un héroe, su última aventura, gloriosa a veces, otras triste. Cuenta y comenta, las escenas finales de sus peripecias: cómo acabaron, es decir, la última escena de cada trayectoria, cuando ya va a caer el telón (p. 12)

El texto se divide en tres partes. En la primera parte (pp. 23-72) se abordan “*Los héroes míticos*” más fabulosos, ya sean para el autor: Edipo, Heracles, Perseo, Orfeo, Asclepio, Jasón, Anfiarao, Alcmeón, Teseo, Penteo, Sísifo, Belerofonte. En esta parte el autor retoma las figuras heroicas de los mitos surgidos en tiempos anteriores a su escritura, transmitidos en una tradición oral de generación en generación, constituyendo en algunos casos grandes figuras de un pasado magnificado por la nostalgia. Figuras heroicas que luego la literatura engrandecerá y reelaborará, pues la transmisión no es solo repetición, sino también en muy notable medida recreación, sobre todo en los poetas épicos y tragediógrafos quienes retomarán estos héroes míticos.

Dentro del relato que el autor realiza notamos excepciones que son interesantes, pues hay héroes míticos que se zafan de la condición humana mortal. Heracles, por méritos muy singulares, resultó premiado con la inmortalidad, pero de un modo sorprendente después de sufrir una muerte cruel, y por un designio muy especial de Zeus, se le incluyó en la familia olímpica con los inmortales. Otra excepción es Asclepio, de heroísmo muy singular, recomendado por su padre Apolo y gracias a su sabiduría, obtuvo un premio parecido al de Heracles.

En la segunda parte (pp. 73-143) , “*Los héroes homéricos*”, el autor destaca algunos héroes de la *Ilíada* y la *Odisea*, ya sean: Agamenón, Aquiles, Áyax (Ayante), Áyax, el menor, Odiseo (Ulises), Paris, Héctor, Sarpedón, Neoptólemo y los pequeños combatientes de la ‘Ilíada’. Es en esta perspectiva donde el guerrero muerto perdurará en la memoria debido a su coraje y su valentía magnánima, es por lo que será recordado y será motivo de elogios entre la gente venidera, con una aura de largo resplandor.

Es interesante lo que el autor destaca sobre la diferencia de los arcaicos héroes míticos, como Heracles o Jasón, que se lanzan a sus aventuras para lograr una gloria personal, con el guerrero de la épica quien es el que asume la defensa de una comunidad y por ella expone su vida. Acaso por el marcado individualismo de los grandes héroes, que son anteriores a los ideales de la *polis*, solitarios más bien en sus aventuras y, muchas veces culpables, por su propia grandeza, de cierta desmesura (*hýbris*), que no se ajusta a la imagen del hermoso final del joven guerrero –“*bella muerte*” como diría Jean Pierre Vernant- que combate y muere por su ciudad, imagen claramente exaltada en la poesía épica y motivo de muchas tragedias. El ejemplo más claro de este tipo de héroes es sin duda Héctor, que muere por Troya. Es el tipo de *héroe cívico* que, siglos más tarde, ensalza Pericles en un famoso discurso fúnebre

sobre los atenienses muertos por su patria, según recoge el texto de Tucídides (*Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 35-46).

La tercera parte (pp.144-160), el autor se refiere a “*Tres heroínas trágicas*”, impresionantes arquetipos femeninos de inquietante actualidad: Clitemnestra, Casandra y Antígona. Observa García Gual que las mujeres griegas suelen quedar, en un principio, al margen de ese sangriento escenario heroico. Sin embargo, algunas han dejado un rastro personal en esa memoria mitológica, afrontando con muy singular audacia la dura condena de la sociedad y sufriendo cruel muerte, al margen de las normas de tradición que marginaba a las mujeres de la vida pública, de la guerra y el poder. Es por eso que el autor evoca a tres famosas figuras femeninas, no épicas, sino trágicas, invitando a una reflexión sobre esas audacias femeninas en la antigua Grecia.

Cabe preguntarse por la relación entre estos mitos y la ética de la sociedad que los recordaba y los representaba en poesías y en dramas ofrecidos como espectáculo a toda la ciudad. Tienen caracteres de notable grandeza y expresan con agudas palabras sus quejas y anhelos, incluso cuando al transgredir las normas, al quebrantar los hábitos, estas mujeres -que en los mitos son figuras nobles, reinas o princesas- resultan terribles y catastróficas, y en sus actos se vea un gran valor. Dice García Gual “insumisas y patéticas, esas figuras se alzan ahí, en el relato épico y en la escena trágica, desafiantes y paradigmáticas, advirtiendo que el mundo está construido así, despiadadamente, de modo que sus gestos se inscriben en esa terrible trama en la que los delitos suyos merecen un fatal castigo, pero no exento de grandeza” (p. 144). Son ejemplos de un destino trágico.

Ahora, teniendo en consideración que la bibliografía sobre los personajes de los mitos griegos es casi infinita, García Gual no pretende dar una muestra extensa sobre la actualidad en cuanto a publicaciones, sino que se remite a orientar y precisar algunas referencias acerca de los libros que ha utilizado y citado en algunas páginas. Es una lista mínima, que pueden ayudar al lector que desee ampliar algunos aspectos complementarios (p. 161). Sin duda, para completar e ilustrar mejor algunas escenas, consideramos que el autor (asume esta falencia) debería haber dedicado un espacio para mostrar cómo los pintores/ceramistas antiguos trataron de recordar esas escenas heroicas en sus dibujos y colores con una notable originalidad y enorme finura dramática en muchos casos. Un capítulo con representaciones cerámicas hubiese sido acertado.

A fin de cuentas, un texto recomendable, de lectura amena y especial para quienes quieran adentrarse en la mitología griega y en sus insignes personajes. Lejos de la gran cantidad de notas y análisis filosóficos y filológicos, este texto ofrece un panorama sólido en cuanto a referencias, comparación y análisis de obras clásicas, las que permiten al lector adentrarse perfectamente por los caminos del héroe y su encuentro con la muerte, como guiarse en las mismas dificultades que esta relación plantea.

Concordamos con el autor en que son variados los caminos que conducen al Hades, y en un raudo repaso puede advertirse qué sorprendentes son los encuentros de los más intrépidos con su inevitable muerte y como ésta clausura su vida heroica. Lo que ilumina su existencia es sino su eterno recuerdo o como también dice Heráclito (B 29) “*los mejores exigen una cosa por encima de todas: gloria imperecedera entre los mortales*”.

RODRIGO CARRASCO PERALTA